

I M A G E N E S

L E O P O L D O M E N D E Z

La obra de Leopoldo Méndez es el más elocuente ejemplo de cómo, cuándo una obra de arte tiene integridad en todos sus valores intrínsecos, su función social es mucho más eficaz y verdadera.

La obra de Méndez es eminentemente popular, pero popular no sólo por el contenido político, que en ese caso perdería bondad y calidad artística; es popular por las conquistas técnicas logradas, que encuentran su conexión y origen en la más pura tradición mexicana, por la serena lógica en la organización y concepción de los valores plásti-

cos, que le dan un sentido clásico y formal, pero más aún, porque toda su obra se alimenta con la savia y el aire social de su tiempo.

El caso de Méndez es extraordinario, porque existe en realidad una dualidad genial. Por un lado vemos al revolucionario en el sentido político de clase, y por otro, al revolucionario en la forma de expresión. Ha logrado situarse en ese plano intermedio muy difícil de conquistar; por eso es que su obra es noble, inteligible y accesible a las masas.

GUERRERO GALVAN

L A C E R A M I C A D E P U E B L A

En el mundo—nuevo mundo—que de España se trasplantaba hasta las vírgenes tierras de América, la alfarería pudo injertarse en fecunda capa autóctona que, como la cerámica griega, aún ostenta su magnífica línea. Cruzaban el proceloso mar las incesantes aportaciones que recompondrían el ambiente de la cortesana Capital de Castilla en la ciudad que nuevamente se levantaba, borrados para siempre los vestigios de los antiguos templos y los fastuosos palacios aborígenes. Ahora asentaban sus construcciones en el ancho suelo de Anáhuac creando focos nuevos de la cultura importada, ciudades de opulencia distinta: un paisaje de virreyes y condes, frailes, guerreros y artesanos, en el panorama de magueyes, cactus y silenciosos indios. Hacia un rumbo quedaba la Capital de la Nueva Galicia, hacia otro la Puebla de los Angeles. Era allí en donde cocían un barro opaco pero de sutil olor, era acá en donde la loza reflejaba la lum multiplicándola en cegadores brillos.

Si había llegado a España del Oriente, a favor de la invasión morisca, en México se encontró con el otro Oriente, el de las naos de China, y los

ornamentos geométricos cobraron sutileza con los finos ornatos vegetales. Desde entonces la cerámica de Talavera adquirió su sello propio en la colonia y estuvo allí rivalizando con su nombre nuevo: Talavera de Puebla.

En su siglo de oro (1650-1750), como un venero ubícuo, llenó con su encajería las fachadas de los templos, aligeró el peso de las cúpulas, matizó las oscuras casas de Dios y corrió por los lambrines de las mansiones, enredando en su follaje, figuras santas y profanas. Macetas y barrilillos, platones y vasijas, finas estatuas que coronaban capiteles de leves columnas, se llenaban de su rico y brillante colorido.

Fue fugaz su emporio, pero queda ahí en los museos y en las sólidas construcciones, en un pozo (que aún cubre una verde sombra), en la pila del bautismo o en las escaleras de los conventos y en las esbeltas torres. Está allí en Puebla para guardar la memoria de un capricho, exponiendo unos "munícipes quisquillosos" a la pública ironía.

EMMANUEL PALACIOS

I M A G E N E S

LEOPOLDO MENDEZ

G r a b a d o s e n M a d e r a

•

TALAVERA POBLANO

A r t e A n t i g u o y M o d e r n o

•

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL



Grabado en Madera
LEOPOLDO MENDEZ



Grabado en Madera
LEOPOLDO MENDEZ

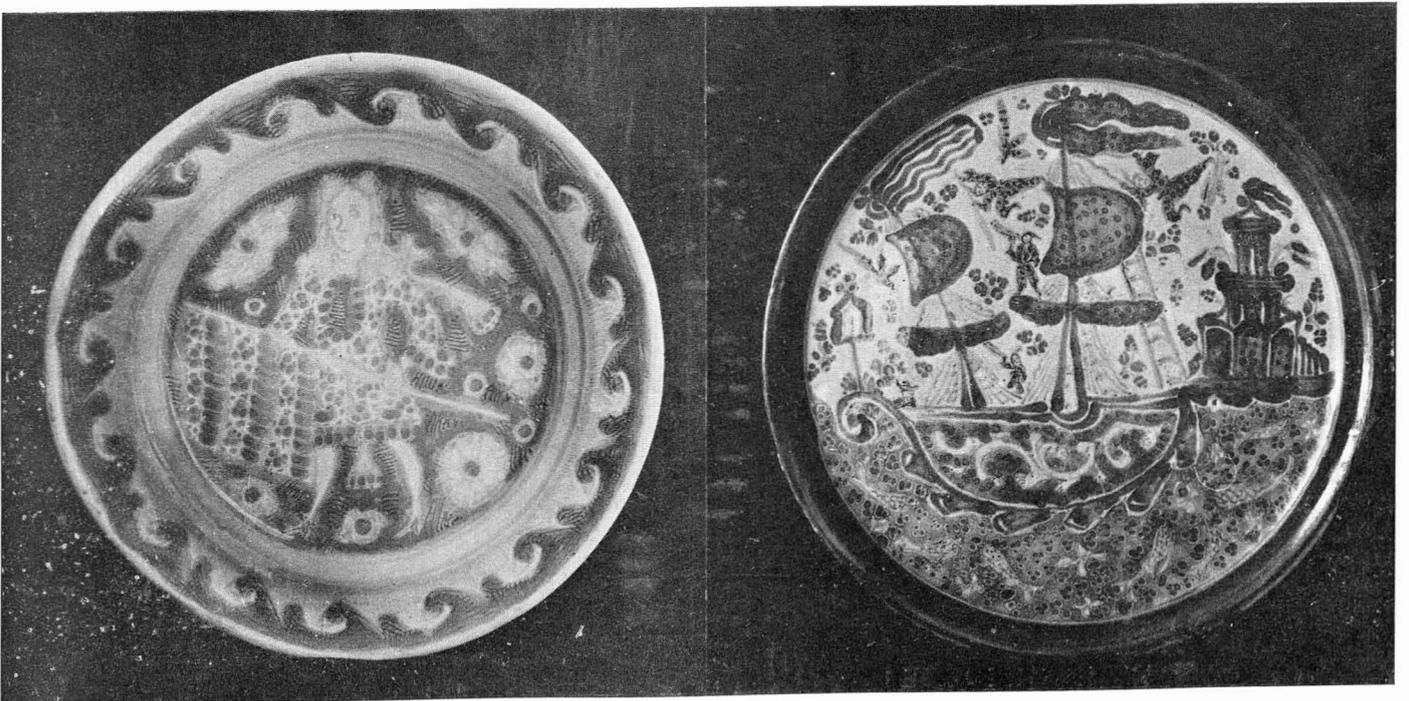
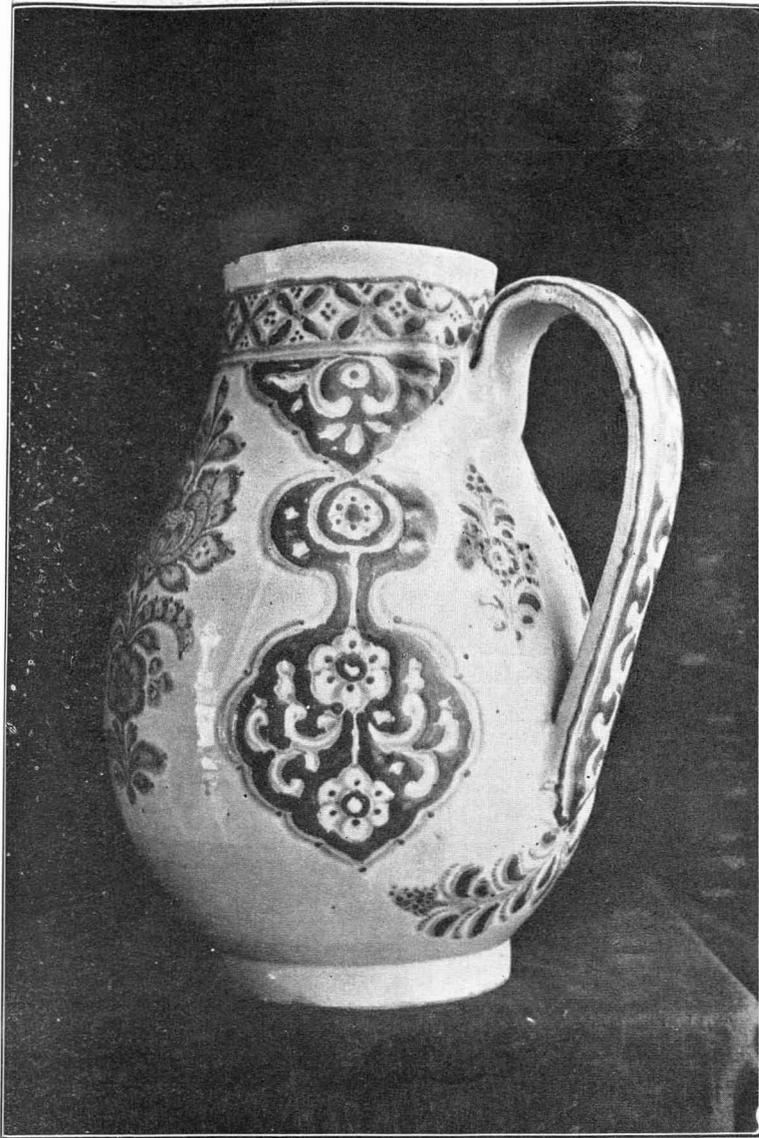


Grabado en Madera
LEOPOLDO MENDEZ



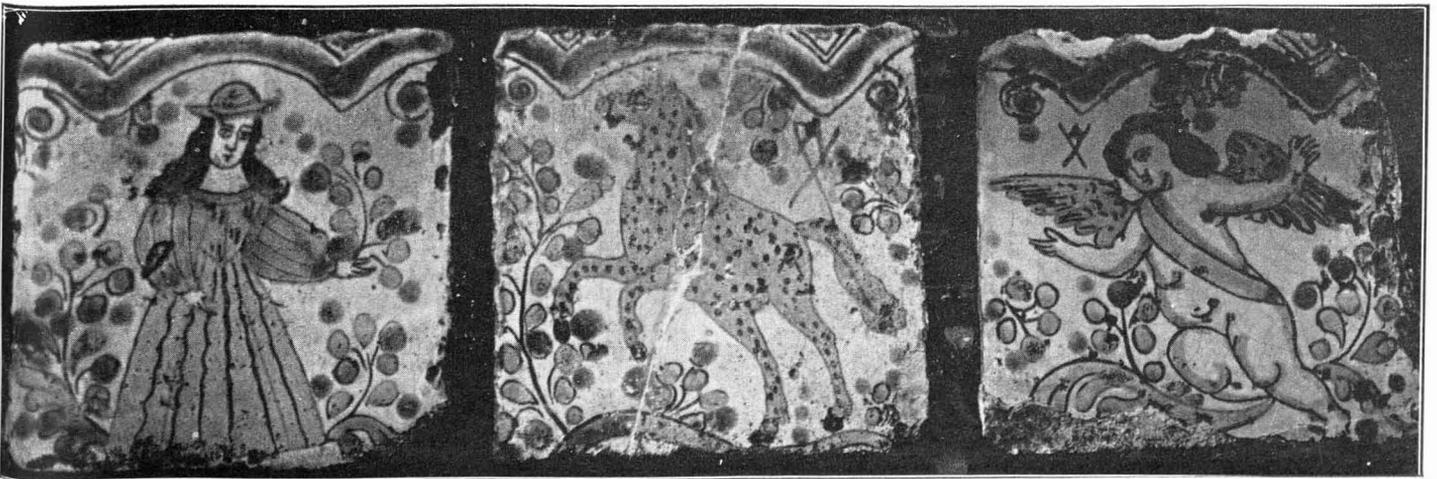
Grabado en Madera
LEOPOLDO MENDEZ

Jarra y Mancerinas
Talavera Mexicana Antigua





Tíjores y Mosaicos
Talavera Mexicana
A n t i g u a



Talavera Mexicana
M o d e r n a

